

# PARTE SEIS, VIAJE SEGUNDO MOVIMIENTO, TRAVESÍA

---

El buen viento nos acompañó en los primeros días del viaje.

Fueron días frescos y nublados, con mar calmo, ideales para la navegación. Las tres primeras jornadas nos dirigimos al norte, bordeando la costa del continente y luego viramos ligeramente al noreste, apartándonos hacia mar profundo.

En cada barco, una pareja manejaba la vela, otra colaboraba con la dirección y la tercera descansaba, en turnos. Avanzábamos desde el amanecer hasta poco después de la puesta del sol, porque la visibilidad de las estrellas era deficiente. Por las noches recogíamos las velas, amarrábamos las *txalupak* unas a otras, y una pareja montaba guardia mientras los demás descansaban.

Con las primeras luces de la aurora, la guardia despertaba a los que habían dormido, quienes luego de desayunar frutas y semillas, se aprontaban a reiniciar la navegación.

En la quinta noche fuimos alcanzados por los once barcos de residentes. Los líderes de ambas flotillas acordaron enfrentar las grandes olas con media jornada de diferencia, para volver a reunirnos en mar calmo dos días después.

El cruce de las grandes olas nos ocupó enteramente la sexta jornada y fue agotador.

Lloviznaba y el viento que soplaba levemente del norte resultaba de poca ayuda. Debimos remar todo el día contra las moles de agua de diez pasos de altura.

Al mediodía permitimos a Abian tomar un descanso y Guaire lo reemplazó en el remo de dirección. En el banco delantero remaban Janequa y Nira y en el central Etxekide y yo, pero con esa disposición no fuimos capaces de sostener el ritmo de la flotilla.

Volvimos a cambiar posiciones. Guaire hizo pareja en el segundo banco con Abian, Janequa y yo en el delantero, y Etxekide ocupó la posición de popa, con lo que

recuperamos la línea de avance. En ese momento fue el barco cuatro el que comenzó a rezagarse. En poco tiempo quedó tan atrás que lo perdimos de vista y recibimos la consigna de disminuir el ritmo para volver a agruparnos.

Cuando los tuvimos nuevamente en la misma ola, advertimos que Naga se había cambiado de barco y formaba pareja de remo con Atabar. No pudimos explicarnos cómo había logrado Naga pasar de un barco a otro, en medio de aquel tremendo oleaje.

A media tarde el mar no daba descanso. Seis brazadas y ascenso. Dos brazadas y descenso. Las costillas de la *txalupa* rechinaban en cada subida y los equipajes se sacudían con cada caída.

Brazos y piernas empezaron a dolerme hasta que cada brazada se me hizo un suplicio. Etxekide empezó a gritarme pero no lo escuchaba. No quería dejar mi puesto a Nira. Sólo ansiaba que aquellas insoportables olas empezaran a achicarse. Pero Etxekide siguió insistiendo y finalmente la propia Nira me hizo una seña de que fuera a descansar. Le entregué el remo y me arrastré gateando hasta debajo del toldo, donde quedé hecha un ovillo, sin saber qué músculo me dolía más.

Etxekide continuó gritándome.

— No te enfríes, Itahisa, no te quedes así. Estírate y mueve lentamente las piernas y los brazos.

Miré a mi compañero con fastidio. Respiré profundamente antes de disponerme a hacer lo que me estaba pidiendo.

El sol caía a nuestras espaldas y las olas no parecían disminuir. Lentamente, el temor de haber perdido la dirección vino a menoscabar nuestro ánimo. Los dos cruces que habíamos hecho en el entrenamiento nos habían insumido solamente media jornada. Cómo era posible que transcurriera el día entero ?

Volví a tomar el puesto de remo, esta vez en reemplazo de Janequa. Pero nuestras fuerzas flaqueaban y lo mismo pasaba en los demás barcos. Seguimos avanzando lentamente, subiendo y bajando a los tumbos, hasta que se hizo la noche.

Afortunadamente había pocas nubes y algo de luna, lo que nos permitía distinguir las olas a nuestro frente.

— Banco central solamente. Tres descansan y seguimos.— Llegó la consigna desde el barco uno.

— Banco central solamente. Tres descansan y seguimos.— Repetimos.

Quedamos con Janequa en los remos, con Abian en la dirección de popa. Etxekide, Guaire y Nira fueron a reponer energías. Así fuimos turnándonos hasta casi medianoche, cuando finalmente notamos que las olas eran menos altas que el largo de los barcos.

Un par de turnos más tarde, la brisa volvió a ayudarnos. Desplegamos las velas que habían sido inútiles durante el día y suspendimos el remo.

Continuamos avanzando contra las oscuras olas, hasta que por fin escuchamos la consigna de detenernos. Desde todos los barcos se oyeron gritos de alegría, por haber

completado la jornada más agotadora de nuestra corta vida como navegantes. Pudimos secarnos y abrigarnos.

El horizonte empezaba a clarear en el momento que nos acomodamos para dormir.



Cuando me despertó Janequa, el sol recién alcanzaba media altura.

— Qué ocurre ?

— Seguimos viaje, Itahisa.

— Cómo ?

— Hay buen viento y no vamos a desaprovecharlo. Seguimos viaje.

— No podemos. Hay que esperar a la flotilla de residentes.— Respondí abrumada por el cansancio.

— Ellos ya han llegado. Hace rato.

Sin dar crédito, me asomé por debajo del toldo hacia popa. Vi muchos barcos, lo que me resultaba incomprensible. Cómo habían hecho para llegar tan rápido ? Mi cabeza y mi cuerpo se negaban a moverse.

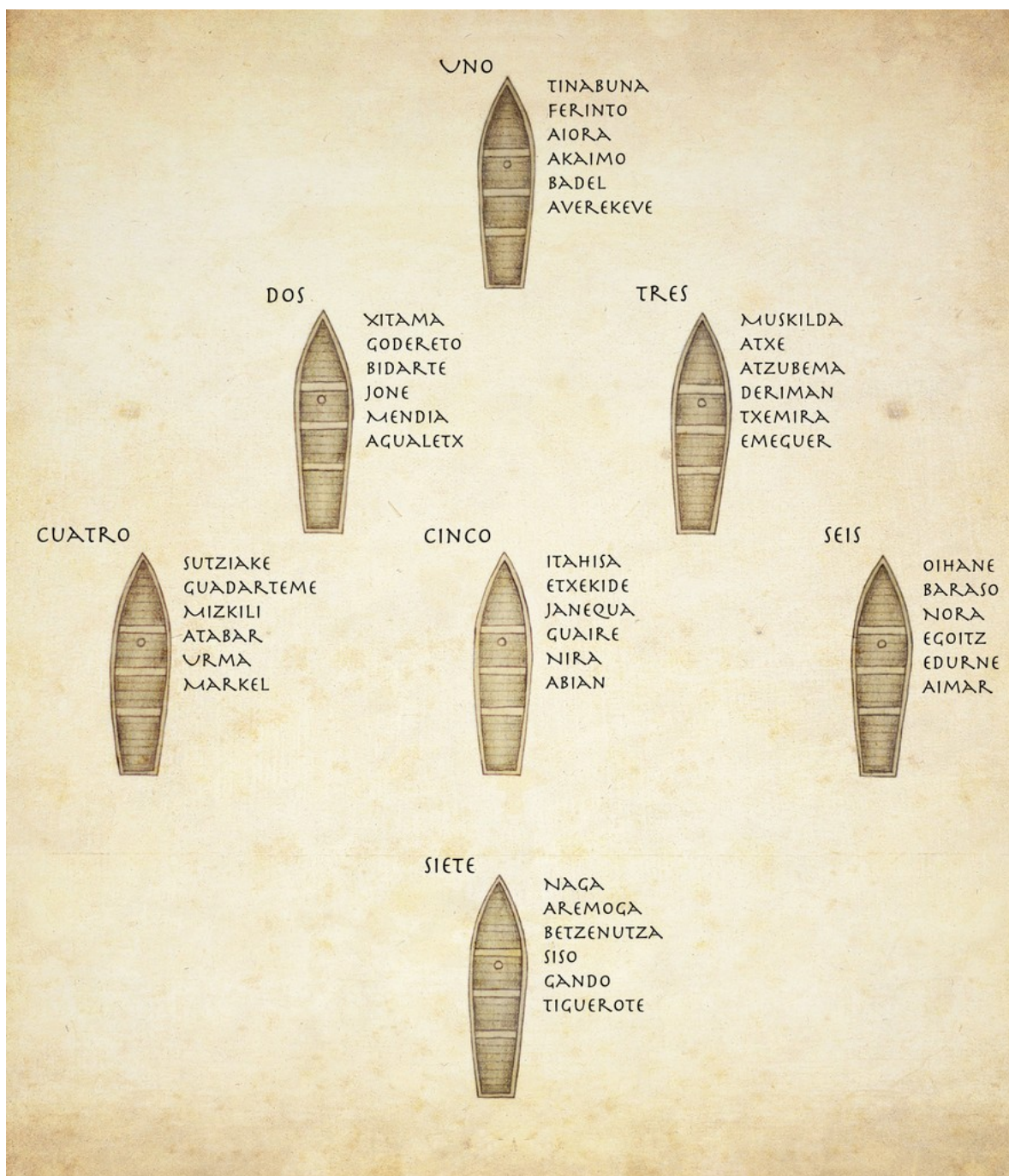
— Vamos de a tres, mientras haya viento. Sería tu turno ahora, con Etxekide y Guaire. Pero puedo reemplazarte si no te sientes bien.

La generosa oferta de Janequa era irresistible.

— Gracias Janequa, muchas gracias.

Debo haberme dormido de inmediato porque no escuché las consignas de partida.





Formación de *eskadra* de la flotilla



Los siguientes tres días, avanzamos sin detenernos en dirección este.

Las condiciones eran muy favorables, clima cálido de *udaberrri*, viento moderado de popa, noches despejadas y olas de apenas un paso de altura. Como los turnos llevaban la mitad del día y la mitad de la noche, Etxekide, Janequa y Guaire dormían mientras Nira y yo manejábamos la vela, con Abian en el remo de dirección.

Pese a descansar en las mañanas y las primeras partes de las noches, sentía que mi físico no se había recuperado de la terrible jornada del cruce de las olas. Dormir y

despertar dos veces por día, desayunar al mediodía, almorzar a la puesta del sol y cenar a medianoche, era una rutina extraña que provocaba en mí una sensación confusa del paso del tiempo.

Mi relación con Nira no era buena. Apenas nos hablábamos, solamente para coordinarnos el trabajo en la vela. Tampoco se suscitaron problemas, porque yo no tenía chance de interactuar con Abian, a quien casi ni veía, a pesar de compartir los turnos. Él pasaba apostado en popa, a nuestras espaldas, y nos separaban cuatro pasos y el toldo donde descansaban Etxekide, Guaire y Janequa.

Durante esas jornadas, me entretuve en adivinar qué estaría ocurriendo en las demás embarcaciones. No era posible intercambiar palabras con mis amigos en los barcos contiguos, por lo que nos comunicábamos únicamente por gestos. El entusiasmo y el buen humor eran perceptibles aun a distancia. Sabíamos que de mantenerse aquellas óptimas condiciones, estaríamos arribando a Islas Castigadas antes de cumplirse veinte jornadas de la partida, algo que en principio resultaba improbable.

El otro entretenimiento eran los delfines.

Desde que habíamos superado las grandes olas, un grupo de unos veinte delfines viajaba con nosotros. Aprendí a reconocerlos. Había adultos y pequeños, unos de piel gris plateada y otros de piel más oscura con líneas blancas a los costados. Tres de ellos lucían una extraña coloración rosada. Con frecuencia saltaban con elegancia a pocos pasos de los barcos. A veces se adelantaban unos campos a la flotilla, pero más tarde volvían a hallarse alrededor.

Fue mucho más tarde que descubrí que los *maisuk* del barco uno observaban con tanta atención el desplazamiento de los delfines, como el movimiento del sol y las estrellas.

Por algún motivo, parecía que los *maisuk* confiaban en la capacidad de los delfines para marcarnos el camino. Como si nuestros acompañantes también viajaran a las Islas Castigadas, apartándose por momentos de la dirección oeste - este, tal vez respondiendo a señales que nos resultaban imperceptibles.



Al amanecer del décimo día, el viento cesó por completo.

Desperté cerca del mediodía y noté que nos hallábamos detenidos. Los *maisuk* no habían dado la orden de avanzar con los remos. Nos encontrábamos a seis o siete jornadas de Islas Castigadas y aún contábamos con alimentos. De modo que la consigna fue aguardar a que el buen viento regresara, y mientras tanto recuperar fuerzas y reparar los daños menores que tuvieran las embarcaciones.

La flotilla de residentes también se detuvo y sus once *txalupak* se acoplaron a las nuestras, formando una pequeña ciudad flotante de sesenta más cuarenta y ocho personas. Por primera vez, pudimos transitar a nuestro antojo por cualquiera de los barcos y conversar con los compañeros de la travesía. Los turnos se suspendieron y fue anunciado un encuentro general para la puesta del sol.

El aire estaba cálido, agradable para mediados de *udaberri*. El cielo despejado y el mar calmo daban un marco azul extenso a nuestro alrededor. Pasamos una tarde disfrutable con Mizkila, Atabar y Sutziake, alternando charlas con los residentes,

zambulléndonos desde los puentes y nadando cerca de los delfines que se habían quedado junto a nosotros.

Algunos residentes jugaban a quién lograba transitar un puente evitando al adversario, sin caerse al agua, y el desenlace más frecuente era que ninguno lo lograba. Porque el que perdía el equilibrio se aferraba del otro, llevándose en la caída, lo que era saludado con gritos y aplausos por los espectadores.

Al anoecer los *maisuak* anunciaron que estaba prevista una tormenta. Dieron la orden de desacoplar, recoger la mayor cantidad de agua de lluvia y procurar descansar durante la noche. De haber buenas condiciones, al día siguiente reiniciaríamos la navegación.

La lluvia fue recibida con alegría avanzada la noche.

Muchos aprovechamos a bañarnos quitándonos del cabello y la piel la acumulación de sal de varios días, en medio del fenomenal espectáculo de los relámpagos que iluminaban por instantes el inmenso mar de nubes sobre nuestras cabezas.

El viento no llegó a ser lo suficientemente intenso para mantenernos en vilo y pasada la medianoche logramos dormir, incómodamente apretados unos a otros, bajo los toldos.



Contra lo esperable, al día siguiente amaneció despejado, caluroso y sin viento.

Tras deliberar parte de la mañana, los *maisuak* indicaron otra jornada de descanso.

Aunque frutas y semillas se estaban terminando, teníamos *txarki* para un par de días, además de abundante agua y suficiente cerveza. Se evaluaba que contábamos con margen para esperar, dado lo bien que habíamos avanzado en las diez primeras jornadas del viaje.



El sol a pleno nos bañaba en calor. Tendidas sobre las pilas de equipajes, nos deleitábamos con las danzas de los delfines a nuestro alrededor.

— Realmente detestaría estar remando con este calor.— Comentó Sutziake recogiendo agua en la cavidad de su mano y refrescándose con ella la cara y el cuello.

— No creo que mañana seamos tan afortunadas.— Advirtió Oihane acostada mirando al cielo, su cabeza apoyada en sus manos.

— Me parece lo mismo.— Agregué mientras seguía los movimientos de un pequeño delfín.— No da la impresión de que vaya a regresar el viento.

— No sé a ustedes, chicas, pero esto de estar detenidas no me agrada mucho. Me pone algo nerviosa.

Todas miramos a Mizkila, interrogando el alcance de su comentario. Sutziake le preguntó burlona.

— Qué clase de nervios, Mizkila ?

— No puedo estar quieta ... necesito ... hacer algo.

— A mí me pasa algo parecido, — intervino Janequa — no sé si exactamente lo mismo pero necesito hacer algo.

Ilustró su afirmación simulando acariciar sus abundantes pechos, provocando la risa de Sutziake y Oihane.

— Ah ! Ahora entiendo. Yo también estoy así de nerviosa.— Declaró graciosamente Sutziake.

Janequa contuvo una sonrisa, mirando hacia mi barco.

— A ver si hablamos de lo mismo, Sutziake. Nos estamos refiriendo a un nerviosismo muy grande, casi ... gigante ?

No pudimos evitar una carcajada. Mizkila retomó la conversación en voz baja.

— No tiene sentido chicas, preocuparse por el único hombre inalcanzable en esta flotilla, si nuestros compañeros están más que dispuestos a darnos toda la actividad que necesitamos.

— Estoy de acuerdo.— Admitió Oihane aun tentada por el chiste.

— Yo no.— insistió Janequa.

— Qué quieres decir ? que sólo Abian podría ... quitarte los nervios ?

Janequa, riendo, negó con la cabeza.

— No estoy hablando de Abian, Itahisa.

— De qué hablas entonces ? — Preguntamos varias a la vez.

— Por favor chicas, miremos alrededor. Entre los *hamazortzi* somos quince y quince, verdad ?

— Es cierto.

— Entre los *maisua*k, cuatro y ocho. Pero entre los residentes, hay sólo nueve mujeres. Si saben contar, el total da veintiocho mujeres y sesenta más veinte hombres. Eso significa algo así como tres para cada una.

— A dónde quieres llegar, Janequa ? — Preguntó inocentemente Mizkila.

— A que esta noche no voy a prestarle atención a mi querido Guaire. Tengo pensado ir de visita por alguna de las *txalupak* de residentes, donde espero ser bien recibida.

— A mí me parece un buen plan.— Festejó Sutziake.

— A mí también.— Se sumó Oihane.

— Vayan chicas, no se preocupen que yo me encargo de Guaire, Baraso y Guadarteme.— Anunció Mizkila divertida.— Qué harás tú, Itahisa ?

— Eh, no lo sé.— Contesté.

Realmente no lo sabía. La propuesta de Janequa de abordar un barco de residentes me resultaba tentadora. Era una oportunidad excepcional para gozar de varios hombres a la vez. Pero no me agradaba la idea de dejar solos a nuestros compañeros. Extrañaba hallarme en los brazos de Etxekide. Deseaba volver a estar con Atabar. Y albergaba la secreta expectativa de seducir al gigante Abian, en caso de que Nira se apartara de él por un momento.

— Decídete Itahisa, vendrás con nosotras ? — Me presionó Sutziake.

— No, amigas. Creo que me quedaré aquí. Diviértanse mucho.

El resto de la jornada permanecimos acostadas, disfrutando de la cálida tarde en la proa del barco cuatro.

Janequa fue la primera en abrir su *brusa*, exponiendo al sol sus formidables cumbres. De a una, la fuimos imitando, fingiendo indiferencia a los silbidos de admiración que nos llegaban desde los barcos cercanos.



Fue nuestra primera fiesta en medio del mar. Pero no así para los residentes, quienes estaban habituados a las paradas por ausencia de viento. Ellos construyeron un escenario tendiendo tablonces entre cuatro barcos, iluminado por gran cantidad de lámparas.

Sobre él tocaron los músicos y se cantaron canciones de distintas ciudades. Un grupo de actores representó escenas de una *txalupa* en la que reinaba el desconcierto, las discusiones se sucedían por los motivos más tontos y todos terminaban en una gran pelea.

Mientras observábamos el espectáculo, Etxekide se acercó a mí por detrás y me rodeó con sus brazos. Ofrecí mi cuello a sus besos. La oscuridad nos amparaba. Guaire y Janequa, también abrazados, se encontraban cerca del mástil, a un paso de distancia. De reojo pude advertir que Nira y Abian ocupaban la zona más privada del toldo.

Otro grupo de músicos ocupaba el estrado. Fui acostumbrándome a la idea de permitirme jugar con Etxekide, aun cuando Guaire y Janequa pudieran vernos. Levanté mi falda y sentí su dureza crecer contra mis nalgas.

Janequa anunció en voz alta que iría de paseo por otros barcos. Un momento más tarde Etxekide estaba dentro de mí, llenándome de placer. Me apoyé en el borde para sostener sus embestidas, gocé cuando se derramó en mi canal y luego lo sentí salir.

Al darme vuelta a besarlo, me encontré con la mirada de Guaire, recostado en el mástil, divertido por la escena que acababa de presenciar. El deseo en sus ojos incrementó mi excitación.

— Pobre Guaire, se ha quedado solo. — Dije para que ambos oyeran.



No hubo respuesta. Varias *hamazortzi* danzaban en el estrado flotante.

— Podemos invitarlo, no ? — Pregunté a Etxekide.

Él solamente suspiró su agitación. Muchas veces habíamos estado juntos con Guadarteme o Manindar en mi cama. Pero Guaire era una novedad para los dos.

— Ven aquí Guaire.— Ordené.

El compañero de Janequa no dudó en acercarse. Por primera vez besé su boca mientras lo atraje hacia mí. Disfruté de reconocer sus olores masculinos.

— Te gustó lo que viste, verdad ? — Le dije al oído.

— Claro que me gustó.— Habló finalmente.

Sin disimulos, llevé mi mano a sus partes, palpando su entusiasmo. Él abandonó su timidez midiendo con sus manos el contorno de mis pechos. Le di la espalda y volví a apoyarme en el borde del barco, ofreciéndome.

Guaire me deleitó con sus lentos movimientos por un momento, tomándome de las caderas. Fue incrementando el ritmo, provocándome explosiones que gocé en silencio, con mi frente apoyada en mis puños cerrados. En la lejanía seguían las canciones. Cuando Guaire alcanzó su placer, dejó su lugar para que Etxekide volviera a entrar en mi canal desbordado de semen.

Por un instante me pareció que Nira y Abian nos observaban desde el interior del toldo.



Abandoné a mis amantes extenuados y de un salto trepé al tablón que nos separaba del barco cuatro. No encontré a Atabar ni a Mizkila, pero sí a Guadarteme bebiendo.

— Hola Guadarteme.

— Hola *guahira*, tengo un poco de cerveza para compartir contigo.

Acepté gustosa el trago.

— Qué sabes de Sutziake y de Mizkila ?

Guadarteme señaló otros barcos.

— Se fueron. Primero Sutziake, después Mizkila.

— Y Atabar ?

Esta vez señaló hacia el toldo.

— Duerme como un bebé.

Me despedí de Guadarteme con un beso y transité dos puentes para llegar al barco siete, en el que varios *maisusak* asistían al espectáculo. En un rincón oscuro, reconocí a Naga complaciendo a una *maisú* joven de profusas trenzas, llamada Aremoga.

Cerca del estrado pude ver a Sutziake divirtiéndose con dos hombres mayores. No me pareció una situación para interrumpir con preguntas y ella ni siquiera advirtió mi presencia.

Traspasé la zona central de la ciudad flotante hacia donde se encontraban la mayoría de los residentes. En el estrado, unos diez *hamazortzi*, chicas y varones, bailaban al ritmo de los tambores.

En una de las últimas *txalupak* encontré finalmente a Janequa.

No me sorprendió hallarla sentada frente a dos hombres que jugaban con sus pechos, sosteniendo un *zakil* en cada mano, alternando la atención de su boca entre uno y otro. No me sorprendió verla sonriente, sus cabellos, su cara y sus pechos impregnados de semen. Lo que me dejó impactada fue la escena que vi a su lado.

Oihane también lamía un *zakil* de un hombre, pero éste a su vez, era penetrado por otro hombre. Y ambos expresaban ruidosamente su disfrute.

Janequa me hizo una seña invitándome a sumarme a la fiesta. No supe qué hacer. Aunque había ido con la intención de participar del juego, aquello me resultaba algo indescifrable. Los gemidos del hombre penetrado aumentaban, haciéndose audibles para los barcos próximos. Lo más insólito era que su *zakil* derramaba semen sin hallarse crecido. Oihane recibía aquel regalo fascinada, en un extraño disfrute, al tiempo que Janequa, en forma entrecortada, me refería de las delicias que estaba saboreando.

Me acerqué. Los dos hombres de pie me recibieron con caricias.

En un instante perdí mi *brusa* y mi falda. En el siguiente me había arrodillado y colaboraba con Janequa en su tarea de alternar atención a los dos miembros. Un momento más tarde, uno de los hombres me tomó las nalgas y rozó con sus dedos mi *natura* humedecida. Me ofrecí a sus impulsos. Su entrada en mi cuerpo me empujó adelante, hacia Janequa.

Ella me recibió amorosamente, tomando mi cabeza con sus manos. Mi boca rozaba sus rosadas cumbres con cada embestida y ella festejaba a quien me estaba tomando, solicitándole más fuerza masculina.

Fui sumergiéndome en una confusión de sensaciones, integrándome a los asombrosos goces que ocurrían en aquel barco, escalando mi placer en los vaivenes de desconocidos *zakilak* que hacían vibrar desde mi canal hasta mis pies.

Y en la fruición de mi boca, en la descontrolada exploración de mis labios por los enormes, suaves, voluptuosos pechos de Janequa.



Pasada la medianoche, volvimos las tres en silencio a nuestros barcos.

Aún me hallaba conmovida por la inusitada fiesta que habíamos vivido con los residentes, pero me sentía muy cansada para compartir con mis amigas las impresiones que la experiencia había proporcionado.

Dejamos a Oihane en el barco seis, donde ya todos dormían.

Al llegar a nuestro toldo, encontramos una escena que nos dejó atónitas.

Abian no estaba. Nira se hallaba acostada, desnuda, con los ojos cerrados. A sus costados descansaban nuestros compañeros, también desnudos. La cabeza de Guaire se apoyaba en los insignificantes pechos de Nira y la cabeza de Etxekide en su *natura*.



Entre las jornadas doce y quince de la travesía debimos remar. El viento se presentó discontinuo y en general desfavorable.

Los turnos de trabajo y descanso me dieron pocas oportunidades de hablar con mis compañeros de barco, pero ellos supieron de mi fastidio.

Mi malestar con Nira, lejos de atenuarse, fue en incremento. Me parecía inaceptable su actitud de encarar a mi compañero, en mi ausencia, sin habilitar reciprocidad. Me enojaba además su comportamiento displicente, pretendiendo que nada había ocurrido. A la vez me sentía una tonta por haber dejado a Guaire y a Etxekide solos con Nira. No tenía motivos para reprocharles, pero igualmente lo hice. Ellos reaccionaron con ofuscación a mis reclamos, lo que terminó de consumir mi malhumor.

Me hallaba aún desconcertada por lo ocurrido en el barco de los residentes.

Hasta aquel momento había considerado a Janequa como una compañera regordeta, simpática y graciosa. Hasta inocente. Ahora la veía con otros ojos. Ella había sido la promotora y protagonista de una de las experiencias de placer más intensas de mi existencia.



El cielo era una aglomeración de nubes en variedad de grises. El mar, un continuo espectáculo de olas encrespadas, interrumpido en lo inmediato por los demás barcos y el salto ocasional de los leales delfines.

A trece días de la partida comimos las últimas frutas y volcamos los residuos podridos en el cajón de las lombrices. Al día siguiente, acabamos con el *txarki*. En la jornada quince se terminaron las nueces y el *txocoatl*, y al caer el sol preparamos lámparas y canastos para recoger *harenkeak*, que serían nuestro único alimento durante el resto de la travesía.

Algo me despertó en medio de la noche. Eran las piernas de Nira pasando sobre mi cabeza. La vi avanzar con sigilo por entre bultos y canastos hacia el mástil y detenerse a revisar las ánforas. Supuse que estaría procurando un poco de agua para beber y me dispuse a seguir durmiendo, pero cierta precaución exagerada en su modo de actuar me indujo suspicacia.

Permanecí inmóvil, observando sus movimientos. La vi maniobrar con dos ánforas, volcando cuidadosamente el contenido de una en la otra, cargar una de las vasijas hasta la proa y acomodar el ánfora entre los equipajes, de modo que quedara escondida a la vista. Luego volver al mástil para beber de otra de las vasijas, acomodarse en el borde del barco para orinar y finalmente regresar al toldo.

Fingí despertarme cuando ella se acostó a mi lado.

— Qué ocurre, Nira ? – Pregunté en un bostezo.

— Nada, Itahisa. Falta mucho para el amanecer.

— Por qué te levantaste, entonces ?

— Tenía sed.

Me incorporé. Una tormenta se agolpaba en mi cabeza. Ella giró sobre su costado dándome la espalda.

— Quiero que me expliques qué estabas haciendo.

Nira suspiró y volviendo a girar, me miró extrañada.

— Fui por un poco de agua. Qué te sucede, Itahisa ?

— Quiero que me expliques qué estabas haciendo. – Repetí alzando la voz.

— Puedes hablar más bajo ? Vas a despertar a todos.

— Lo haré si es necesario. – Dije en tono cortante.

Ella escudriñó mi mirada, desafiante.

— Lo que necesitamos es descansar, Itahisa. Vas a calmarte ?

Aquello me quitó la poca calma que podía quedarme. Me sentía furiosa.

— No hasta que me cuentes qué fue lo que escondiste entre tus bultos.

Etxekide y Janequa abrieron sus ojos y nos observaron pasmados. Nira no contestó.

— Qué está pasando ? – Preguntó Etxekide, sentándose con dificultad.

— Tu compañera tiene un ataque de ira, – propuso Nira con sarcasmo – qué debe hacerse en estos casos ?

Contuve mi impulso de abofetearla.

— Nira nos está robando la cerveza. – Anuncié lo más serenamente que pude.

— No digas tonterías, Itahisa, por favor.— Replicó ella.

Etxekide y Janequa no salían de su asombro. Abian se despertó sobresaltado. Guaire respiraba ruidosamente su profundo sueño.

— Vas a decirme que no trasegaste cerveza a un ánfora y la escondiste con tu equipaje ?

— No voy a decirte eso, porque sí lo hice y tú lo viste.

No me esperaba aquella descarada confesión.

— Eso no se llama robar ?

— No. Eso se llama reservar.

— Reservar ? – Intervino Janequa.

— Están haciendo un escándalo de una trivialidad. – Afirmó Nira haciéndose la indignada.— Se sabe que tenemos que cuidar la cerveza, ahora que se acabaron los alimentos. A partir de mañana sólo comeremos *harenke*. Lo que hice fue poner media ánfora a recaudo. Sólo por precaución.

— Nira, nos corresponde a todos racionar los víveres, incluso la cerveza. – Discutió Janequa con voz amable.

— Quién puede asegurar que alguien no se termine la cerveza mientras dormimos ? – Gruñó Abian en defensa de Nira.

— No puedo creer ... – empecé a decir enfadada.

— Está bien, Itahisa. Ahora sabemos que Nira tiene media ánfora reservada. – Me interrumpió alegremente Janequa.

No pude evitar desbordarme. Sin pensarlo me dirigí a Nira gritando.

— Qué te crees, estúpida, que vamos a dejarte sin comer porque a tu delicado estómago le da náuseas el pescado crudo ?

Nira sonrió cínicamente. Abian vino hacia mí con un gesto amenazador y Etxekide y Janequa se interpusieron.

— Me parece, amigos, que este asunto está aclarado. – Sentenció Janequa.

— Eso. Está aclarado. Por favor, Itahisa, vamos a dormir. – Terció Etxekide.

Recogiendo mis mantas, me dirigí al otro extremo del barco a acostarme. Etxekide vino conmigo y se durmió de inmediato.

De vez en cuando un *harenke* saltaba desde el mar hacia las lámparas del mástil, cayendo sobre los canastos y sacudiéndose hasta la muerte. No me fue posible conciliar el sueño hasta la madrugada.



Fue un alivio que en la jornada dieciséis de la travesía regresara el viento propicio, porque nuestras fuerzas comenzaban a sentirse menguadas tras remar cuatro días.

Navegábamos en turnos opuestos, de a tres, sin detenciones hasta el anochecer. Mientras que en los barcos cercanos se percibía un estado de entusiasmo y alegría, en el nuestro casi ni se hablaba. Los habituales comentarios graciosos de Janequa no encontraron buena receptividad. Por la tarde, Guaire hizo un par de referencias en chiste sobre la cerveza "reservada" con los que logró devolverme una sonrisa. Abian y Nira no me dirigieron la palabra durante toda la jornada, ni yo a ellos.

Al hacerse la noche, los *maisuak* dieron la orden de detenernos. No comprendimos la consigna, dado que el buen viento continuaba y el cielo despejado permitía avanzar sin perder la dirección.

Cuando terminábamos de cenar, escuché que me llamaban los *hamazortzi* del barco dos. Crucé el puente hacia ellos y allí me dijeron que Tinabuna quería verme en el barco uno.

Me sentí repentinamente angustiada. Por qué querría la directora de la flotilla hablar conmigo ? No me hallaba de ánimo para soportar recriminaciones de los *maisua*k.

Tinabuna me llevó aparte y me invitó a sentarme con ella en el banco delantero. Así estuvimos un momento en silencio, ambas esperando por la otra para dar inicio a la conversación. Yo estaba determinada a sólo escuchar lo que Tinabuna tuviera para decirme.

— Parece que tuvimos un conflicto anoche, no es cierto ?

— Es cierto.— Respondí sin mirarle.

— Es cierto que estuviste cerca de golpear a Nira ? Y que tus compañeros debieron detenerte ?

— Sí. Es cierto.

Tinabuna hizo una larga pausa. Aproveché a observar de reojo la expresión de su cara. No aparentaba estar muy enojada.

— Itahisa, debo ser sincera contigo.

— Sí, *Maisu*.

— No podemos permitir que un conflicto entre nuestros dirigidos ponga en riesgo la expedición.

— Sí, *Maisu*, pero ...

— Déjame terminar, por favor.

— Sí.

— Si anoche hubieras golpeado a Nira, hoy deberíamos estar discutiendo tu sanción. Está claro lo que digo ?

— Sí, *Maisu*.

— Pero tienes que saber también, que si anoche hubieras golpeado a Nira, estaríamos juzgándote con benevolencia. Porque todos en este barco, opinamos que ella se lo merecía.

Aquellas palabras trajeron alivio a mis aflicciones. Me sentí reconfortada.

— Gracias. — Atiné a responder.

— Nosotros sabíamos, desde antes de la partida, que esto iba a ocurrir.

— Qué cosa ? — Pregunté confundida.

— Que iban a surgir problemas entre Nira y tú. Estábamos aguardando que ocurrieran.

— No entiendo.

— Sabemos que Nira es una chica ... problemática. Discutimos mucho la integración del barco cinco. Y estamos conformes de haberte asignado con ella. A ti y a Janequa. Porque ambas son capaces de enfrentar a Nira, lo que es para nosotros muy importante.

— Hubiera preferido cualquier otra compañera, antes que ella.— Confesé.

— Lo sabemos, Itahisa. Cuando dimos las integraciones, esperábamos que vinieras a quejarte. Pero no lo hiciste. Y valoramos mucho que no lo hayas hecho.

No supe qué decir. Me sentía apesadumbrada. Que los *maisua*k me hubieran elegido para confrontar a Nira no me resultaba un reconocimiento, sino una carga. Una promesa de disgusto para todo mi año de *hamazortzi*.

Tinabuna continuó.

— Sabemos que no te alegra, Itahisa. Pero lo que ocurrió anoche nos confirma que hemos tomado una buena decisión. Vamos a mantenerla, por lo menos hasta llegar a Lubarnea. Míralo de esta manera. En cuatro o cinco jornadas estaremos en Islas Castigadas. Allí te encontrarás con tu amiga ... cómo se llama ?

— Txanona.

— Con tu amiga Txanona. Podrás ir a conocer las bellezas de las Islas con ella. Y olvidarte de Nira por treinta o cuarenta días.

Tuve que reconocer que la perspectiva era alentadora. Aproveché la ocasión para traer el asunto del octavo barco.

— Mi amiga Txanona quiere realizar el viaje a Lubarnea. Ella y otros *hamazortzi* residentes.

— Lo sé, Itahisa.

— Nos ayudarás a convencer a las sacerdotisas de que los autoricen ?

— Haré lo posible. Quédate tranquila. También estamos interesados en sumar un barco a la expedición.

— Gracias, Tinabuna.

— Estamos terminando esta plática. Tienes tú algo para hablar conmigo ?

Vino a mi mente algo que hacía tiempo deseaba preguntarle a los *maisua*k.

— Sí.

— Te escucho, Itahisa.

— Los delfines.

Tinabuna sonrió por primera vez desde que habíamos iniciado la charla.

— Qué pasa con los delfines ?

— Por qué viajan con nosotros ? Son ellos que nos siguen o nosotros a ellos ?

— Es un asunto interesante. Tú qué opinas ?

— A veces parece una cosa y a veces la contraria. Por eso pregunto.

— Es correcto.

Tinabuna insistía en no dar respuestas claras a mis simples preguntas.

— Qué es correcto ?

— Somos compañeros de viaje. Los beneficios para nosotros son evidentes, la ventaja para ellos, no la sabemos.

— Evidentes ?

— Tú deberías saberlo.

Respondí con un gesto de confusión.

— Dime, Itahisa. Cuando fuiste *hamabineska*, el día de tu adopción, qué llevabas colgado del cuello ?

— Un delfín.

— Por qué motivo llevabas un delfín en tu adopción ?

— Porque me identificaba como perteneciente a un *Klan* del Círculo.

— Correcto. La pregunta debería ser entonces: Por qué el Círculo se identifica con un delfín ?

Miré a Tinabuna azorada. No entendía por qué nunca me habían dado aquella explicación.

— Es que ... no lo sé.— Admití.

La *Maisu* parecía complacida de mi ignorancia. Después de una pausa, se explayó en voz baja.

— El aro, Itahisa, representa la Tierra. El delfín es nuestra capacidad de navegar por todos los mares. La que nos permite extender la civilización atlanteana a los más distantes confines y pueblos de la Tierra. Los delfines nos han acompañado siempre en esa misión. Ellos nos han marcado sendas, nos han ayudado a recuperar naufragos y nos han guiado en las peores tormentas. Habrás notado que los tiburones no se acercan mientras los delfines viajan con nosotros. Por ello, no tenemos riesgo de sufrir ataques si caemos o nos bañamos en el mar. Los delfines, Itahisa, son nuestra seguridad durante la travesía. Así lo ha dispuesto la Madre de la Creación, en su Divina Sabiduría.



Medité por un instante aquellas palabras, que iban colocando sentido a remotas porciones de mi memoria.

— Alguna otra pregunta ?

Tinabuna se veía inusualmente feliz.

— Creo que no.

— Entonces te vuelves a tu barco. Escúchame bien. Te acercas a Nira y le dices que la estoy esperando acá, que venga de inmediato. Luego les avisas a los demás que se preparen a reiniciar la navegación. Tenemos estrellas y buen viento, que no vamos a desaprovechar. Comprendido ?

— Así lo haré. Gracias Tinabuna.

— Gracias a ti, Itahisa.



Avanzada la noche, desplegamos las velas y reemprendimos la marcha.

Notoriamente ofuscada tras su conversación con Tinabuna, Nira había ido a buscar el ánfora escondida para volverla a depositar cerca del mástil. Sus únicas palabras habían sido para informar que se nos ordenaba modificar la conformación de los turnos. Abian pasaría a navegar con Janequa y Guaire, mientras que Nira lo haría con Etxekide y conmigo. Aunque nadie lo dijo, era obvio que la medida tomada por los *maiswak* era una sanción a Nira.

Ella pareció reponerse de inmediato del malestar y en lo sucesivo, su comportamiento fue irreprochable. Se mostró servicial, amable conmigo y hasta reconoció gustar del sabor del *harenke* crudo.

Las siguientes tres jornadas fueron muy favorables. El clima espléndido, la brisa moderada del suroeste, las noches de cielo despejado, todo ayudaba a que nos aproximáramos rápidamente a nuestro destino.

En esos días vimos a Abian más desenvuelto en el trato, menos callado y hasta simpático por momentos. El buen humor de Guaire y de Janequa, y quizás el hecho de pasar la mayor parte del tiempo en turnos desencontrados con Nira, ayudaron que pudiéramos apreciar esa otra faceta del gigante.

Por su parte, Etxekide y Nira también se relacionaban muy bien, elogiándose recíprocamente hasta un nivel de dulzura que me resultaba insoportable.

Guaire y Etxekide asumieron el rol de mantener en alto los ánimos entre los seis, cuando ya el *harenke* nos estaba hastiando y en nuestros físicos empezaban a notarse las señales de delgadez.



En la madrugada de la jornada veintiuno, las olas aumentaron de tamaño y los delfines desaparecieron.

Los *maisuaak* ordenaron una parada, para que la flotilla de residentes pudiera darnos alcance. Tras una breve deliberación, sus *txalupak* pasaron adelante y nosotros los seguimos a pocos campos de distancia. Las olas se hicieron mayores aun, y fue necesario tomar los remos y realizar turnos de a cinco.

Al mediodía nos sobresaltó un griterío. Casi imperceptible, al frente, podía divisarse una mínima rugosidad en el horizonte.

Eran las montañas de Islas Castigadas.



En la tarde, continuamos remando contra las grandes olas, las que recién disminuyeron al aproximarnos a la más cercana de las montañosas islas.

Viramos al norte para bordear sus costas. El puerto se encontraba más allá, en otra de las islas y se requería otra jornada para arribar. Guiados por la flotilla de residentes, nos internamos entre dos abruptos acantilados, desde cuyas alturas podían verse ríos cayendo al mar, en un espectáculo de impresionante belleza.

Nos hallábamos agotados, pero la excitación nos impedía aprovechar los turnos de descanso. Por fin aquel mundo maravilloso del que tanto nos habían hablado, aparecía delante de nuestros ojos. Durante el crepúsculo vimos inmensas ballenas emitiendo sus sonoros resoplidos a pocos pasos de nuestros barcos, observamos multitud de aves marinas de varios colores viajando entre los acantilados y nos deslumbramos con la presencia lejana de un volcán humeante.

Recién logramos dormir cuando la oscuridad de la noche nos impidió seguir disfrutando del paisaje.



Desperté en el momento que cruzábamos un tramo extenso hacia otra isla más al este.

Al mediodía, luego de bordear una punta rocosa, avistamos la ciudad más remota construida por los atlanteanos.

El puerto era pequeño, de un solo muelle y estaba rodeado de escasas construcciones. Había pocos barcos atracados, apenas una cantidad similar a la formada por nuestras flotillas. Sobre el muelle pudimos ver que los residentes se agolpaban a recibirnos.

Alguien hizo sonar un colmillo de elefante en señal de saludo, y ello desató una algarabía de estridencias, gritos y más trompetazos que festejaban nuestro arribo.

Las maniobras para atracar debieron ser lentas. En primer lugar lo hicieron los de la flotilla de residentes, por lo que nuestros barcos fueron los últimos en acercarse al muelle.



Cuando soltábamos las sogas de amarre, alcancé a oír sus gritos.

Quedé estática al reconocerla, saltando de alegría y agitando sus brazos, junto a un apuesto joven de curiosa barba.

Era Txanona. Pero no la *hamabineska* que yo recordaba. Esta mujer era la imagen misma de Bentaga.

Etxekide abrió los ojos de asombro. Ni él ni Sutziake habían conocido a Txanona, pero sí a su madre y el parecido entre ambas era increíble.

De un salto trepé al muelle, pisando tierra firme por primera vez en veintidós días y fui corriendo al encuentro de mi amiga.

Chocamos ambas manos y nos unimos en un interminable abrazo para expresar la alegría de reencontrarnos.

Para celebrar su felicidad de recibirme y mi satisfacción de haber cumplido la promesa tantas veces reiterada desde que nos habíamos despedido una mañana, en los muelles de Lehen, seis años atrás.

La historia de Itahisa continúa en Parte Seis, Tercer Movimiento, Estadía

<http://itahisa.info/about/parte-seis/estadia/>